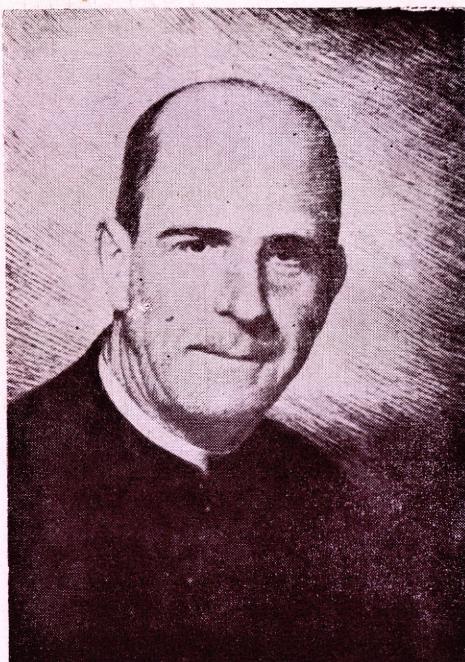


**INSPECTORIA "SAN FRANCISCO SOLANO"
CASA INSPECTORIAL
CORDOBA**



**PADRE
VICENTE
GARNERO**

Con dolor y con alegría, anuncio a mis hermanos la muerte del queridísimo Padre Vicente Garnero, un "auténtico patriarca de la Congregación", un "extraordinario tipo de salesiano santo".

Con dolor: porque su partida "aunque prevista no deja de sacudirnos profundamente, como si algo muy grande y muy arrraigado se derrumbara en el corazón".

Con alegría: porque Dios nos ha dado en él a un hombre que ha crecido hasta la plenitud de Cristo; porque Dios ha mirado la pequeñez de su servidor, y ha hecho en él grandes cosas.

Después de haber declinado en su salud los últimos meses y de haber superado crisis de mucha gravedad, el 29 de mayo, en horas de la madrugada, el Padre Vicente entregó su vida en las manos de Dios.

Esa misma mañana se concelebraron dos Misas de cuerpo presente: una en el Aspirantado Domingo Savio, rodeado de todos los aspirantes y salesianos en formación, entre quienes, durante los últimos años, había derramado la sabiduría y la paternidad de su presencia y su consagración; otra en el Templo de María Auxiliadora, presidida por el Cardenal Raúl Francisco Primatesta y participada por salesianos, cooperadores, exalumnos y amigos de la Obra Salesiana.

Trasladaron sus despojos mortales a El Trébol (Santa Fe), su pueblo natal; al día siguiente después de una Misa en la que concelebraron nueve sacerdotes: Rdmo. P. Eduardo Giorda, Inspector de Córdoba, Rdmo. P. Alejandro Buccolini, Inspector de Rosario, R. P. Arturo Tibaldo, párroco local, Silvio Beilleti, párroco de Sastre y los R.R PP. Angel Butto, Jorge Meinvielle, Alberto González, Francisco Ghigo y Agustín Pascualini y estuvieron presentes los Hermanos Coadjutores Di Vito y Parodi, se le dio sepultura en el panteón de su familia. En la oportunidad estuvo también presente una delegación de Hijas de María Auxiliadora y de seminaristas salesianos.

En la escuela de sus piadosos padres y de sus diez hermanos, el P. Vicente creció -como Jesús en Nazaret- en edad y gracia delante de Dios y de los hombres. El llamado a la vida consagrada -que sintieron también su hermano Pedro y sus hermanas Margarita y María- fue haciendo visible en él la finalidad con la que Dios siembra en el mundo a esos hombres extraordinarios que sacuden los corazones dormidos e indiferentes: el P. Vicente fue un signo luminoso y vivo de esas realidades que no se ven, pero que sostienen y afirman toda nuestra vida: las divinas.

¿Quién no ha sentido, al lado suyo, la presencia de Dios? ¿de un Dios bondadoso, padre, amigo, salvador?

El Colegio San José de Rosario -que vio nacer su vocación-, Bernal, Vignaud, Turín fueron forjando al salesiano que luego sembró a manos llenas la gracia de Dios. Consagrado sacerdote en la Basílica de María Auxiliadora y doctorado en Sagrada Teología (1927), el P. Vicente brindó su vida en destacados cargos: Maestro de Novicios (1931 - 42), Director del Instituto Villalda (1943-48), Inspector de México y las Antillas (1948-52), Rector del Seminario de Salta (1953-58), Director nuevamente de Villalda (1958-61), Inspector de Córdoba (1961-67), Confesor de Curso de Formación Permanente (1970), en la Curia de Salta con Mons. Carlos M. Pérez (1971-75) y confesor en el Aspirantado Domingo Savio (1976-80).

Sus últimos años los vivió entregado al ministerio de la confesión y de la palabra, trasmitiendo a todos y en especial a sus hermanos salesianos, una preciosa herencia: su vida misma, "en la que no necesitó hablarnos mucho para hacernos amar lo que amaba, para trasmirnos su pasión por la Iglesia y la Congregación; en la que su amada figura, más que sus nunca olvidadas palabras, nos señalaron la ruta".

Podríamos esbozar la imagen de P. Vicente, describiendo al hombre, al salesiano y al sacerdote.

El fue HOMBRE ante todo: maduro, espiritualmente recio, de conducta recta, intransigente ante el mal. Hombre bueno, comprensivo, que como Cristo no vino para condenar sino para salvar. ¿Quién junto al P. Vicente, no sintió el deseo de ser más bueno?

El vivió con entusiasmo contagioso su vocación de SALESIANO. Creció a la sombra de los grandes hijos de Don Bosco y supo trasmisir a sus hermanos salesianos un ardiente amor a Jesús Sacramentado, una filial devoción a María Auxiliadora y una gozosa adhesión a Don Bosco. Como Director, Maestro de Novicios o Inspector, no sólo supo defender sin titubeos la sana tradición, sino que también se abrió con sabio y sereno discernimiento a los valores de las nuevas situaciones que vivían la Iglesia y el mundo. ¡Con Don Bosco y con los tiempos!

Y como prototipo del salesiano, fue vivo ejemplo de esa evangélica y simpática predilección por los niños y los jóvenes, por los humildes, por la gente del pueblo, a los que siempre se donaba cautivándolos con su alma simple, su sonrisa jovial y su conversación llana y amena.

Y fue SACERDOTE: ¡Ecce sacerdos qui in diebus suis placuit Deo! ¡Este es el sacerdote que agració a Dios durante todos los días de su vida! En estos años en que el mundo y la Iglesia contemplaron a veces la sacudida y el derrumbe de los valores sacrosantos de la vida humana, cristiana y religiosa, la figura del P. Vicente se yergue frente a nosotros como la del "Siervo Fiel" del Evangelio, con un intenso llamado a la fidelidad.

Así lo hemos conocido: siempre, con todos y en todas partes "sacerdote". Dios lo preparó para que fuera incomparable maestro, educador, superior, formador, confesor. Con un extraordinario don de consejo y de dirección espiritual, forjó innumerables salesianos y sacerdotes -algunos de ellos obispos-, que

hoy, dispersos por los más variados rincones de Argentina y de América siembran a su vez la semilla que él plantó con seguridad en sus corazones.

Un testimonio de todo lo que acabamos de decir nos lo da el mismo P. Vicente en la carta que, humildemente, dejó para que se comunicara su muerte. He aquí el texto:

“En realidad ninguno de nosotros vive para sí mismo ni muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; y, si morimos, morimos para el Señor. Y tanto en la vida como en la muerte pertenecemos al Señor, porque Cristo murió y resucitó para ser Señor tanto de los vivos como de los muertos”. Rom. 14, 7-9.

Mis queridos hermanos, Salesianos y Salesianas que me han conocido:

Es tal vez poco usual esto de haceros llegar algunas palabras luego de mi regreso a Dios Padre. Lo hago, empero, por estas razones: a) con la intención de facilitar a mi Superior el cumplimiento del artículo 161 de nuestros Reglamentos relativo a la comunicación del fallecimiento de un hermano; b) con el interés —urgente necesidad— de recibir pronto generosos sufragios de vuestra eximia caridad; c) finalmente, con el objeto de señalar —para una justa valoración de los hechos de mi vida— las innumerables faltas que yo reconozco ante el Señor y que la bondad del Superior y la vuestra dejarían de percibir en mi larga jornada salesiana y sacerdotal, de consagración a Dios y de apostolado.

Declaro con sinceridad que, siguiendo el llamado de Jesús y bajo la sólita y materna protección de nuestra buena Madre Auxiliadora, siempre me sentí feliz en la casa de Don Bosco; el cual, por medio de la Congregación me colmó de bienes de todo orden desde los primeros años de mi formación hasta los posteriores de mi atardecer existencial. A él, en la persona de mis bondadosos superiores, expreso mi inmensa gratitud, la-

mentando sólo no haber sabido apreciar, aprovechar y comunicar, como era debido, esos tesoros de sus esplendidez para conmigo.

Durante toda mi vida me tocaron, generalmente responsabilidades graves, superiores a mis fuerzas, y, sobre todo, a mi poca virtud. Reconozco ahora, por particular iluminación de Jesús, numerosísimas e importantes deficiencias, faltas y omisiones. Esto es verdad: ante el inminente juicio divino no se puede pensar en paliativos de la propia conducta. Reconozco también haber cometido faltas de caridad con algunos hermanos; más aún: el haber dado ejemplos poco edificantes; a todos ellos pido humilde perdón y algún generoso sufragio.

Quiero dejar constancia de que las veces en que la obediencia me pareció más pesada, fueron las veces en que cumpliéndola, el Señor me concedió los mayores consuelos y las mejores experiencias.

Siento también la dulce filial obligación de atestiguar que María Santísima Auxiliadora, como Madre tierna y solícita, me acompañó tan de cerca en todos los pasos de mi vida, que me es imposible señalar sus dimensiones. Como a Juanito Bosco —en su primer sueño— he sentido que Ella, amabilísima, puso una mano sobre mi cabeza y con la otra me guió cariñosamente en todo el largo camino recorrido.

Expreso también mi agradecimiento póstumo a mis padres, hermanos, familiares y parientes que siempre me alestaron en mi vocación. Debo, además, a mis virtuosos y amantes padres que hayan sembrado en mi corazón la semilla de la vocación sacerdotal que luego, al entrar en el colegio salesiano “San José” de Rosario a los 11 años, se concretó y desarrolló en la Congregación, gracias al óptimo ambiente que los Salesianos de entonces —con la fiel práctica del Sistema Preventivo— habían creado de piedad, estudio, trato familiar con los alumnos y sana alegría manifestada, notablemente, con los cantos populares que se enseñaban a profusión.

Vuelvo a encomendarme a la caridad de los hermanos y hermanas que me han conocido, no sólo de la Argentina sino también de México, Las Antillas, Venezuela y algún otro país. Si, como espero, la Bondad Divina me recibe en su seno, seguiré orando por todos con igual afecto fraternal.

Quiero terminar reafirmando la Fe cristiana, recibida en el Bautismo, dando gracias y gloria a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo por tanto bien recibido. Reconozco, una vez más, que todo ese bien me llegó por conducto de María Santísima Auxiliadora. A Ella le pido que, con su castísimo esposo San José, me asista maternalmente en mis posteriores momentos. Y al buen Padre Don Bosco —que nunca me dejó faltar el pan y el trabajo— me añada ahora el dulce Paraíso. Amén.

Ofreciéndoos una oración y el fraternal afecto, os reitero la súplica de vuestras caritativas plegarias mientras me suscribo muy agradecido en Jesús y María.

VICENTE GARNERO SDB

Ruego encarecidamente que en mi tumba, juntamente con los datos personales se coloque una imagen de María Auxiliadora con esta leyenda: "Acuérdate que soy tu Madre amante". Gracias.

Y concluyo con otro testimonio —exacto, sincero y sentido— de uno de sus discípulos, hoy obispo de Comodoro Rivadavia, Mons. Argimiro Moure:

“Madera de roble y hechura de ebanista, transmitió siempre seguridad, firmeza y suavidad. La seguridad del hombre identificado con Cristo y con Don Bosco, que comunicaba una recia espiritualidad no en persuasivos discursos —aunque no le faltaban, pues Dios lo había dotado de una dialéctica honesta y penetrante— sino en ejemplos irresistibles de vida coherente con su purísima doctrina. Firmeza alimentada por su amor inteligente, recio y vigilante supo comunicarlo a quienes sintonizaron

con su alma grande, que supo, aún en los momentos más enérgicos de ejercicio de su responsabilidad de superior, transmitir con la suavidad de San Francisco de Sales y con la sonrisa paternal y sincera de Don Bosco. Su partida deja una estela de luz que señalará a los que lo han conocido y amado un camino y un estilo que los acompañará hasta que se reúnan con él en Cristo Resucitado”.

Mis hermanos: En espera de que se pueda entretejer con mayor amplitud los rasgos de la vida religiosamente rica de este “auténtico patriarca salesiano”, que no le perteneció exclusivamente a nuestra Inspectoría, ni siquiera a la Congregación, sino a la Iglesia, sigamos rezando por él para que por intercesión de María Auxiliadora y de Don Bosco, Dios envíe a su Iglesia, a la Congregación y a esta Inspectoría hombres de tal envergadura espiritual.

EDUARDO GIORDA
Padre Inspector

DATOS: nació el 3.8.1901, en El Trébol (Santa Fe) y murió en Córdoba el 29.5.1980, a los 79 años de edad, 61 de profesión y 53 de sacerdocio; fue director por 22 años y por 12 inspector.

